

CATÁLOGO 1

ENERO 2013

ÍNDICE

1. FICCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

2. ENTREVISTA CON EL AUTOR

3. SOBRE: "EL DESORDEN DE NUESTRAS VIDAS"



ediciones contrabando

Ficción autobiográfica



Nací en Albacete en 1955, el 19 de septiembre, nada más acabar la Feria. No recuerdo nada de ese día y muy poco de mi primera infancia: tal vez el frío, quizá la penuria. Mi padre trabajaba como funcionario en una oficina del Ministerio de Trabajo: todo el día tecleando, fumando y oyendo sandeces; aún no había perdido su afán literario ni su pasión por el cine, así que también pasaba muchas noches tecleando y fumando. Mi madre fue un ama de casa esforzada y valiente, capaz de sacar adelante, con pocos recursos y mucho trabajo, una familia con cinco hijos. Yo era el pequeño. El benjamín. El Tato. Tímido, reservado, observador. En una ciudad con tan pocos atractivos y estímulos como el Albacete de finales de los cincuenta y principios de los 60, la lectura se convirtió enseguida en mi mejor ventana al mundo, y en la compañera más atractiva y gozosa de aquellos días, en los que el tiempo parecía vacío e infinito. En aquellos grises y aburridos años (de los que sólo recuerdo agradablemente los veranos "salvajes" en la aldea de mi abuela), los libros de Julio Verne, Stevenson o Salgari me ofrecieron un universo de aventuras y

sueños que enseguida comenzó a poblar mi imaginación, de una manera más intensa y profunda que los tebeos o las tardes de cine, con sus interminables programas dobles o triples. El bachillerato en Escolapios pasó sin pena ni gloria. La enseñanza era tosca, mala, poco formativa, muy superficial: muchos padres escolapios, a finales de los sesenta, ya tenían la cabeza más en las guerrillas de Centroamérica o en abandonar el celibato que en formarnos como futuros pilares de un régimen en el que ya no creían. Ya no formábamos en filas a las ocho de la mañana para honrar la bandera. Desapareció la misa en latín y entraron las guitarras en las iglesias. Algún profesor dejaba fumar en clase. Le hicimos una huelga al profesor de Formación del Espíritu Nacional. Muchos cambiaron la OJE por los *boys scouts*. Mientras tanto yo seguía con lo mío: ahora leyendo a Dumas, a Dickens, a Conan Doyle, a algún clásico español.... Un verano, con quince años, me leí todos los tomos de Sherlock Holmes que había en la biblioteca de Albacete. Otro verano, "Los mitos de Cthulhu", de Lovecraft, con verdadero miedo en el cuerpo. A los 16 leí "La metamorfosis" de Kafka y quedé, para siempre, atrapado en aquella pesadilla. Y atado hasta hoy a la idea kafkiana de que sólo deberían escribirse y leerse libros que fueran "como hachas para el mar helado que llevamos dentro". Luego -ya de estudiante de medicina, en Murcia, desde el año 72- fui seducido por la literatura del "boom" hispanoamericano: "La ciudad y los perros", "Rayuela", "Cien años de soledad"; después Borges, Rulfo, Lezama, Onetti... En el verano del 72, antes de ir a Murcia, con el dinero que me habían dado mis padres por haber aprobado el bachillerato me compré el "Ulises" de Joyce y "Así hablaba Zaratustra". El desorden y el caos de las lecturas eran apoteósicos. El "Ulises" aún estoy acabando de leerlo, cada día con más placer. A Zaratustra lo dejé por imposible. En Murcia pronto cambié la medicina por la filosofía y la bohemia por la militancia. Ya tenía veinte años, y ya me olvidado

bastante de la pasión adolescente por ser escritor, aunque no de la literatura. Aún, durante un verano de aquellos, intenté fundar con algunos amigos una revista literaria que pensamos en llamar "La nube en pantalones", un verso de Maiakovski. Otro caluroso y eterno verano lo pasé en casa estudiando Anatomía y leyendo a Faulkner y a Sholajov (los cuatro tomos de "El Don apacible"), en las novelas de Bruguera que mi padre tenía en su biblioteca.

Los diez años de militancia comunista fueron poco pródigos en lecturas literarias, pero muy fructíferos en otro tipo de saberes imprescindibles: marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo, la historia, el cine... Y, sobre todo, a partir de un determinado momento (1977, supongo) empecé a escribir en las publicaciones, de forma sistemática. Salvo algunas interrupciones esporádicas, y el paréntesis de unos pocos años, ya no he dejado de hacerlo desde entonces. Mi familiaridad con la escritura se fraguó en aquellos días y se fue convirtiendo, paso a paso, en el pan nuestro de cada día.

A mediados/finales de los 80 comenzó otra etapa. Ya vivía en Valencia. Entré en el mundo de las artes gráficas. Durante muchos años fui corrector, por desgracia, no de obras literarias. Entré en la fase doméstica de la existencia. Trabajo y casa. Algunos viajes. Recuperé las relaciones familiares perdidas. La literatura estaba ya muy al fondo: en la forma última de un lector muy esporádico y muy selectivo, aunque sordamente persistente, sobre todo cuando leía (o ya releía, que es el mayor placer) novelas de Stendhal, de Flaubert, de Dostoievski (obligado es decir que lo prefería a Tolstoi, lo que es casi un "retrato" vital) o de Henry James. Y luego, de forma casi obsesiva, durante años, "En busca del tiempo perdido" de Marcel Proust y las sagas de Faulkner. Ya en los noventa acabé la carrera de Filosofía, en la universidad de Valencia, e intenté aprender alemán. Pero la abstracción filosófica no era lo mío, y los idiomas aún menos. Y tampoco la pedagogía. El

coqueteo con la filosofía acabó, como tantas otras cosas, en una vía muerta.

Con el fin de siglo (y ya 45 años) se operó otro cambio, primero subterráneo, luego más visible. Me propusieron volver a escribir, pero esta vez sobre todo de literatura, arte y cine: páginas de información cultural. Al principio cumplí con la rutina, escribiendo sobre lo que ya sabía. Pero cuando los temas "sabidos" empezaron a agotarse di otro salto: yo, que salvo honrosas excepciones, me preciaba de no leer más que a autores muertos, decidí leer también a los vivos, incluso – ¡qué escándalo!– a los escritores de mi propia generación. Y con el instinto, el azar y la suerte fui a dar con Bolaño, con Vila-Matas, con Javier Marías. A partir de Bolaño di con Pitol, con Villoro, con rey Rosa, con Piglia, con Pauls..., con decenas de escritores hispanoamericanos ajenos ya por completo al fenómeno del boom. A través de Vila-Matas llegué a los europeos: a Perec, a Banville, a Claudio Magris, a Sebald... Javier Marías me impulsó a leer a Conrad, pero también a Coetzee. Pasé una intensa fiebre americana: Philip Roth, Cormac McCarthy, Saul Bellow, John Fante, Hunter S. Thompson, ... En poco más de cinco años de regreso apasionado a la literatura volví a reconquistar años y décadas perdidas. La literatura volvía a provocarme el mismo entusiasmo, el mismo arrobó, la misma pasión que en mi juventud. No podía cerrar los libros hasta las tres de la madrugada. Y comencé a hacer reseñas y crítica literaria, con un cierto sentido.

Pero aún tardaría otros cinco años más en dar el salto hasta la ficción literaria: el verdadero y último reto. Un paso que consumaría en 2010 con la aparición de "El desorden de nuestras vidas", una colección heterogénea de relatos, que yo mismo me autoedité, a la que ahora se suma con "Ninguna salida" (Ediciones Contrabando) una segunda parte, a la espera de esa novela, "La clínica", que avanza lenta y parsimoniosamente.

Entrevista con el autor

Un diálogo con Manuel Turégano, por J. Albacete

"¿Soberanía de la ficción? Sí, de eso se trata"



¿Qué clase de obra es *Kein Ausweg*?

Es un libro de relatos. O mejor dicho: es un libro con siete cuentos y un relato. La mayoría de los cuentos, excepto "Resignación", son breves, expresivos, contundentes. Van rápidamente a lo que van. En "Resignación" ya hay una cierta demora, en parte porque se cuenta casi toda una vida y en parte porque es un cuento donde deliberadamente hay puestas ciertas palabras, algunas expresiones y determinadas vivencias que remiten al mundo de mi infancia. "Kein Ausweg" ya es otra cosa, un relato de casi 50 páginas, con un ritmo narrativo muy diferente, incluso con una parte que yo llamaría "documental", y que exige otro tipo de lectura, más sosegada y reflexiva. No sé si conjugar dos ingredientes tan distintos en un mismo libro funciona o no. No lo sé.

¿Algunos lectores de *El desorden de nuestras vidas*, tu libro anterior, se preguntarán, lógicamente, si este nuevo libro continúa o rompe con aquel?

Las dos cosas, claro. En concreto, hay un cuento, el primero, "Crisis", que yo de hecho creo que pertenece plenamente a aquel, y que incluso intenté incluirlo en él cuando hice la segunda edición de *El desorden...*, pero no pudo ser. Yo creo que es la misma voz narrativa la que "habla", la que cuenta, sólo que quizá lo hace de una manera distinta, buscando objetivos diferentes, abordando temas nuevos, ensayando otras vías narrativas, limando - aparentemente al menos- el gesto de indignación tan obvio que había en aquel primer libro, aunque espero y deseo que manteniendo la radicalidad de entonces. Si esta vez no he ido hasta la raíz de las cosas que quería contar, sin duda habré fracasado.

Kein Ausweg nace ya, al parecer, en otro contexto. O eso dices un poco enigmáticamente en el prólogo. ¿Qué ha pasado desde entonces? ¿Cuál es esa hecatombe de la que hablas?

Es obvia, ¿no? La crisis está desmoronando un modelo de vida (la sociedad del bienestar) y expulsando y marginando a millones de personas de lo que hasta ahora se consideraban los parámetros de "una vida digna". La sociedad se está partiendo, se está diviendo en dos. Aquí, en España, además, la crisis es muy violenta y amenaza el futuro de varias generaciones. Por otro lado está el cambio de poder global en el mundo: Asia ya manda en muchos aspectos; y la gigantesca mutación tecnológica y cultural asociada a la era internet. Son tiempos duros, peligrosos, pero apasionantes. Tiempos que no están por venir, sino que ya están aquí.

¿Y en ese contexto tu literatura se fuga un poco de esos temas y se hace, por así decirlo, menos "comprometida"?

Nunca he creído que la literatura tenga que ser comprometida o social. O intimista. O histórica. O que necesite un adjetivo, fuera, si se quiere, de "buena". Buena literatura, eso sí, ese es el propósito. Buenas historias bien contadas y bien escritas. Eso es todo. Aunque, lógicamente, al escribir cada autor introduce "todo su mundo" en su literatura, y ahí, sí, ahí se pone inevitablemente en evidencia qué autores tienen, por razones ideológicas o biográficas, un mayor interés social o un mayor peso del intimismo. Pero escribir para cambiar el mundo mañana mismo es una tontería. Una pretensión estúpida y vanidosa. Lo que no quiere decir que la literatura -como todo- efectivamente acabe cambiando el mundo.

Hay cuentos que tienen, sin embargo, una clara voluntad enunciativa, ¿no?

Efectivamente, así es. Es el caso, por ejemplo, de "Origen". Aunque para mí es más un cuento filosófico que político o social. Lo que se discute es una cuestión de fondo: ¿justifica cualquier diferencia de "origen", la subordinación, la marginación o el exterminio de "los otros"? Es uno de los temas más antiguos y sustanciales, y sin embargo hoy está tan presente como siempre.

En todo caso, sostengo que una trama o un argumento político o social pueden dar lugar a una novela extraordinaria, exactamente igual que una trama policíaca, o familiar, o sentimental... Eso no es lo importante.

¿Qué es entonces lo importante?

Bueno, lo que siempre ha sido importante para la literatura. Que haya ternera en el guisado y no sólo guarnición. Que el lector pierda pie en la cotidianidad y sea absorbido por el poderío de la ficción. Que se cuide en extremo el vehículo a través del cual se realiza esa transición, el lenguaje, que es el hilo con el que todo está tejido. Que el autor tenga valor, que no retroceda ante los abismos que se abren siempre en el interior del relato, que sea capaz de mantener los ojos abiertos y contar la verdad. Que la ficción llegue a tocar la médula escondida, oculta, más inaccesible de lo real.

¿Hay una lógica, un esqueleto interno que vertebre el libro? Tú lo niegas.

Sólo digo que el libro no se ha construido siguiendo un plan previo, sino más bien reuniendo los materiales disponibles. Claro que esto también ocurrió en cierto modo con *El desorden...* y, al final, los lectores más avezados, y hasta yo mismo, acabamos percibiendo que el libro, efectivamente, tenía un esqueleto invisible pero obvio; que en su dispersión y heterogeneidad era posible encontrar ciertas guías, muy precisas, que de alguna manera venían dadas desde el mismo título del libro. Quizá con *Kein Ausweg* acabe ocurriendo lo mismo. De momento sólo soy capaz de intuir algunas cosas. Por ejemplo, que en *El desorden...* estaba muy presente "el padre", mientras que en *Kein Ausweg* lo está mucho más "la madre". No sé si eso querrá decir algo. Hay que darle tiempo a un libro para que su sentido acabe de emerger. Incluso para el autor mismo.



Quien sí continúa muy presente es Kafka. Desde el título mismo.

Sí, poco a poco, voy pagando la deuda que tengo con él. Los dos títulos de mis libros son de Kafka. Y, en este libro, hay algo más. Durante mucho tiempo me rondó la idea de escribir un ensayo sobre Kafka. Pero amén de que ya hay muchos y muy buenos, carezco de la voluntad sistematizadora y la persistencia que requiere un trabajo de esa naturaleza. De modo que, al final, lo que he acabado construyendo es un relato, pero no un relato sobre su vida o sobre su literatura, sino una ficción en la que Kafka es sólo una sombra, un "fantasma", una ausencia tan "presente" que es capaz de obrar verdaderos prodigios. En la Checoslovaquia de los años 50 y principios de los sesenta, los años del "socialismo real", paradójicamente Kafka vio parcialmente realizada su última voluntad: desaparecer por completo. Su obra y su memoria fueron completamente borradas. Como es sabido, él había pedido a su amigo Max Brod, poco antes de morir, que destruyera sus manuscritos. Brod no lo hizo. Pero la República Popular checa, a su manera, sí. Al menos durante quince años ni Kafka ni sus libros existieron. Pero su fantasma no dejó de vagar un solo momento, y de hacerse más y más presente.

Hasta el punto de que se convirtió en un verdadero "campo de batalla".

Sí, así fue. En los años 60 Kafka, que ya era un autor universalmente reconocido como un pilar esencial de la literatura del siglo XX, acabó convirtiéndose en Checoslovaquia en eso, en un "campo de batalla". Dogmáticos y reformistas libraron una lucha muy intensa en torno a conceptos esenciales de la época, como "decadencia", "realismo", "alienación" o "burocracia",

utilizando la obra y el nombre de Kafka para dirimir una descarnada lucha por el poder. Aquello tenía muy poco que ver con la literatura. Fue un caso manifiesto de cómo el poder utiliza la literatura para sus propios fines. Pero, a la postre, fue también un involuntario reconocimiento de ese extraño poder oculto que tiene la literatura.

¿Qué relaciones crees que deberían establecerse entre el poder y la literatura?

¿Las más adecuadas? ¿Las que realmente se dan? ¿Las que yo postularía? Las de la mayor independencia posible. El poder y la literatura son dos realidades distintas y extrañas. El poder aspira, por su propia naturaleza, a gobernarlo todo. No sólo prohibiendo lo que no le gusta, o lo que le parece adverso o peligroso: eso se da sólo en determinadas circunstancias históricas. Circunstancias que, a veces, no son siquiera las peores para la propia literatura. La banalidad de hoy, esa banalidad con la que ahora se utiliza a Kafka como un reclamo publicitario y turístico de Praga, es otra forma de relación perversa, indigna, infame. Antes estaba prohibido. Ahora está en todas partes, pero secuestrado de otra forma, mutado en un fantoche. Sin embargo, esa nueva forma de secuestro y manipulación le resulta muy atractiva hoy a muchos escritores, que ven en el apoyo del poder (del color que sea este) un medio justo y adecuado para alcanzar el reconocimiento, la fama y el éxito. Sin embargo, el reconocimiento, la fama y el éxito no tienen nada que ver con la literatura. La literatura sufre cuando se adocena, cuando se deja tentar, seducir, subvencionar..., cuando se somete a designios extraños a ella misma.

¿Soberanía de la ficción, entonces?

Exacto. Esa es la idea. No sé si el relato *Kein Ausweg* es fiel a ella o no, pero espero que sí, pues la sustancia vital del relato no es Kafka, ni el poder, ni siquiera el congreso de literatura elegido como marco de la narración, sino la odisea y el mundo de Josef, el protagonista de la ficción, un joven "cervatillo" que tiene que intentar sobrevivir en un bosque sombrío, acechado por las hienas.

En relación a los cuentos que preceden a *Kein Ausweg* llama la atención un hecho: una presencia constante del sexo. ¿Es una estrategia comercial o realmente crees que viene impuesta por la lógica interna de los relatos?

El sexo es parte de la vida y es difícil hablar de la vida sin hablar de sexo. En unos casos las escenas de sexo vienen impuestas con toda naturalidad por el curso mismo del relato. En otros casos, el sexo es, además, un recurso narrativo más (y yo creo que bastante apropiado) para hablar de la soledad, o de la indiferencia, o de la brutalidad, o de la fuerza implacable del deseo, o del dominio de unos sobre otros. Yo a veces digo que empleo el sexo como muchos escritores americanos utilizan la violencia en sus textos: como algo que está en la vida, pero también como algo que sirve para interpretarla, para acercarse a ella, para comprenderla, o para ajustar cuentas con ella. Nunca he pensado en su posible valor comercial. Que haya coincidido en el tiempo con un cierto auge de la novela erótica ha sido algo casual. Aunque, quién sabe... (*Risas*).

Sobre: “El desorden de nuestras vidas”

Mar Campos F.-Figares (Universidad de Almería. Didáctica de la Lengua y la Literatura)

Presentación de *El desorden de nuestras vidas*. Motril, 9 de junio de 2011.

A uno el desorden le empieza a preocupar cuando ha pasado determinada edad. No es algo que, en general, preocupe a los jóvenes o adolescentes. Así que el título nos conduce necesariamente a una madurez que reflexiona, que vuelve la vista atrás para repasar una cronología que súbitamente parece truncarse. Un pasado ¿común? ¿Nuestras vidas? ¿de quiénes?

A medida que leemos esta obra vamos sintiendo que ese plural inclusivo es una trampa. No estamos juntos, no es un nuestro de nosotros, sino una suma de individuos aislados. Son pues nuestras vidas, pero vividas (sufridas) en solitario.

En un lenguaje extremadamente cuidado, el autor juega con la veracidad desde el principio, y juega a presentarnos una antología, así parece darlo a entender el índice. Al igual que ante las citas borgianas, tan eruditas, tan falsas, creemos estar frente a un libro que

es el fruto de toda una vida, la selección de lo mejor de cada época. Y aunque esto sea falso, la existencia de, al menos 6 libros previos, quizá no lo es del todo, ya que aunque este sea el primer libro publicado por Manuel Turégano, tal vez los textos sí que responden a épocas muy diferentes de su propia vida. No lo sé, apenas conocía personalmente al autor hasta ahora.

El contraste entre esta ficción y el intento de plasmar lo más cercano, la realidad objetiva, es quizá lo que lleva a este autor, que es también un lector, me atrevo a imaginar, compulsivo, a explicar su propio yo, a salir de la mirada, en cierto modo pasiva y oculta del que lee al exhibicionismo del que escribe y desea, ahora sí, ser leído, leída su obra y leído él mismo por todos los que le rodean, por esas otras vidas desordenadas que él siente muy próximas y que pretende despertar, que tomen conciencia.

Pero, ¿por qué? Turégano siente que todas las vidas, incluida la suya, o para empezar la suya, están en un agujero, cada una en el suyo, desde el que apenas se asoman por un momento, saltan al exterior y vuelven a refugiarse en lo oscuro. De alguna manera estaríamos ante el desorden de un campo de topas, sujetos ciegos que sólo quieren ocultarse, sin mirar a su alrededor (un alrededor que, aunque no nos lo diga, puede ser luminoso, o desde luego cambiante, enriquecedor). Aunque también podría interpretarse –ya que el autor nos indica, desde su biografía al interior mismo de alguno de sus cuentos su fascinación por Kafka–, del desorden de una comunidad de escarabajos peloteros, si gusta, cada cual llevando su bola de estiércol, empujándola de espaldas, eso sí, para no tener que mirarla y reconocerla.

Despertar entonces ¿para qué? En primera persona, las más de las veces, Turégano, sus protagonistas miran a su alrededor y parecen darse cuenta, de pronto, de que todo ha cambiado (el joven que acaba de abandonar la adolescencia, el anciano que comienza a vivir con esa demencia que le hace mirar a la vida de otra manera...) en pretérito perfecto. La inmigración, la prostitución, los tráfico ilegales, la violencia de género, los abuelos solos... sobre todo la soledad, esta es el eje vertebral desde el que el desorden se hace inaguantable. Los protagonistas, aunque formen parte de un grupo, se encuentran solos en su nueva mirada



ante el mundo y se recrean buscando en su entorno todo lo que pueda acentuar este sentimiento. Con una mirada profundamente sarcástica, tan amarga como irónica, se parte de un fogonazo en el que el protagonista reflexiona sobre sí mismo, en una introspección constante, y se plantea, no de una manera manifiesta necesariamente, si debe "poner orden", cambiar algo.

Son protagonistas a los que les cuesta llegar a la acción, sólo en algunos de los cuentos ocurre esto, hay una reacción al desorden. Y las pocas veces que se decide más le valdría haberse quedado quieto. Piensa él y pensamos nosotros.

Turégano, que ha sido lector privilegiado de muchas vidas, que ha deslizado entre sus manos la arena de las palabras hasta pulirlas, hasta estar seguro de que su presentación será sin mácula, que ha disfrutado o sufrido con las aventuras y las relaciones familiares de otros, se para en cada uno de esos individuos, sobre todo varones, sobre todo hombres maduros, y nos trae a la piel los sentimientos y pensamientos de un hombre que no se encuentra bien consigo mismo, no un sujeto escindido sino profundamente incompleto, porque no ha sabido aprehender lo que le rodea, porque se da cuenta de que es incapaz de comunicarse ahora que empieza a ser capaz de descubrir, de mirar al mundo de otra manera.

Y la soledad que descubre en la toma de conciencia de la existencia de muchos otros desconocidos, lo que él escoge mirar, no le ayuda demasiado a querer seguir fuera de ese agujero.

Pero a pesar de este desgarró, que es más bien pesadumbre, de este desencanto existencial, hay un punto de humorismo en ese cuestionarse constantemente, las convenciones nos engañan, el autor está siempre jugando y rompiendo estereotipos: si los chinos trabajan más que los españoles de hace 50 años, o si cada árabe puede ser una célula latente a punto de estallar y hacer saltar por los aires medio barrio. Y me quedo con un breve diálogo memorable que aparece en uno de los cuentos:

"—Es tontería salir de un agujero para caer en otro —le dijo en plan filósofo...—, al final siempre es lo mismo. Estás ahí abajo, jodido (...)

(el negro) Sorbió otro poco de su café con leche eterno y me miró, no con esa compasión que me revienta, sino con una extraña simpatía inmotivada.

—Todos los agujeros no son igual de hondos —dijo".

Es en el contrapunto del protagonista, en ese personaje secundario donde realmente aparece el autor para salvarnos.

Y nos salva con esa escritura extremadamente cuidada que destacaba al principio, medida, sopesada. Que responde a la obsesión de Turégano por la precisión, por el cuidado del lenguaje, obsesión que no puede evitar (o no quiere) que se cuele en más de uno de sus cuentos de manera explícita, ya que para él, el lenguaje, no es sólo un medio para la escritura sino un fin en sí mismo, y de hecho es el protagonista que más mimó y al único que nunca deja solo, descuidado. Quizá por eso nuestro autor ha tardado tanto en sacar a la luz su primer libro, y quizá por eso ha cuidado tanto la edición en una ilustración de portada y contraportada donde el montaje anticipa lo que vamos a encontrar en el interior, el caos de la urbe actual, de razas, edades y actividades turbias y por qué no, esa rata escapada de la cubierta que se refugia en la solapa y parece firmar la biografía del autor, para que uno no se olvide nunca de la cloaca, del agujero en el que está o del que ha salido. Eso sí, en la solapa posterior queda el pensamiento último. A pesar del desorden, del desastre, seguimos aquí, pese a los pensamientos de suicidio, incluso de asesinato, pese a la visión alterada del Alzheimer, por algún motivo el (los) protagonista sigue vivo, mira hacia arriba y, por qué no, mañana puede ser otro día, quizá mañana podamos encontrar al otro, a un yo que quiera compartir su vida, su desorden, con nosotros